

## Vistos desde afuera

(De «Nosotros»)

### Gabriela Mistral

**A** sinceridad del arranque poético, la humanidad ardorosa, el pasmo recóndito ante la belleza, y su lenguaje saltado del meollo mismo del ser, cohiben al estudio de Gabriela Mistral. Lo que ha dicho es gemido, o arrullo y plegaria que salen de la entraña viviente. ¡Qué difícil detener esa eclosión y colmado impulso de vida!

Su voz es fuerte agitación humana, pero también rebota en ella el latir de las cosas. No se demora en las frágiles ramas de lo que toca, sino cava en su centro. Ya talle el dolor con queja vencida o zarpa rebelde, ya se encare al destino, o sea luz, rocío y sonrisa en la inconciencia de la hermosura, lo hace con temblar fecundo. Es calidez también su amor a toda cosa párvula. Su claro heroísmo, su misticidad terrestre, están conmovidos de proliferaciones espirituales, y cuando habla a su raza de América, siembra anchamente la esperanza. Es una vena creativa que cuaja, se rompe a toda hora, se da...

Ya ha pasado en América hispana el deslumbre de Rubén Darío, «el poeta ideal»; aparece esta mujer, «el poeta germinal». Lugones fué de la constelación del Maestro y es hombre de hoy juntamente es remolino de todas las tendencias, un rompeolas para la crítica.

La Mistral tiene una dirección más clara. Sería la negación de

Darío, si no fuera—en cierto modo—su consecuencia. Aquél llevó la poesía latino-americana (como hicieron el Parnaso y el simbolismo en Europa) a un grado sumo de perfección, de aquilatamiento de su calidad, realizados por él como uno de los ejemplos más grandes en las literaturas. Casi no imaginamos puedan componerse poemas de modo superior al de ese hijo de la Sabiduría y de las Gracias. Después de *tour de force* tan alto, hubiérase roto la curva de nuestra lírica... Pero la vida es proyección inesperada; los ruseñores volvieron a cantar, y una oscura *maestrina* de Arauco marca su acento con pulso y con atracción que recuerdan los del Insuperado.

Es para persistencia de la savia de nuestra poesía, que ha dictado ya a España su suave ley. Pero, como en toda dinámica continuidad, esta voz nueva discrepa, es como una rectificación del rubendarismo. Tras el vértigo de cultura del siglo XIX, en que nos embriagamos los americanos, como Europa, vino un deseo de sencillez, de elementalidad, de una literatura no a base de gran inteligencia y de afinamiento, sino de sentimientos simples, más bien instintiva.

La guerra aumentó tal impulso y se hace a esta hora una poesía preocupada de su materia directa, sin grandes problemas de Arte, zúrda a ocasiones, como es siempre lo muy nuevo pero fuerte.

Gabriela Mistral, por su índole misma esencialmente sustantiva, entró en esta modalidad de ahora, y, al tomarla, la llevó, la ha llevado a su más dignificada categoría. Extrae lo que afirma o canta, de sí misma o de afuera, espontánea, aun broncamente, y lo pone en su rima o su prosa, crepitador como un corazón o una flama vivos, aun mojado, nos parece, de la plasmación, e infundido, además, de una leche apremiada de comunicaciones; fluye en golpes dinámicos, en latente tibieza...

Es el modo adecuado de decir su intención: el sentido maternal de la vida; porque eso es su palabra: *maternidad, maternidad*, el mito Démeter de los griegos y el ideal cristiano de la Virgen, que junta a ella y enriquece con la sensibilidad de hoy y el ardor de su henchido y tremante «caso» humano.

Nadie expresa el misterio del hijo y la gracia del brote, ni siente, como ella ser una amplia protección, un regazo de cuanto aspira a vivir, sobre todo lo débil y tenue; idolatra a los niños, la brizna, el ala. Oprime en su corazón todas las criaturas y formas incompletas, medrosas. Su obra es entera como canto de cuna, diversificado y tendido en momentos a todo lo viviente; y a ese instante el reclamo colinda ya en ella con un amplio himno de amor.

Y esto lo hace con agudo designio, y así, tal sentimiento le brota, no como una filosofía, sino más bien cual pasión visceral; su ofrecerse a la vida con nupcial arrebató o con santidad diáfana—pues que emplea los dos modos—más que panteísmo o elevación (aunque tenga algo de éstos) es ternura entregada, concreta, de mujer, hasta por su pía y diligente nimiedad femenina que se revela en pasajes. Y tal es su originalidad. Es la madre, simplemente, nada más, transvertida en poeta. Y de allí su ascendiente en las almas. Y como es una madre sin límites, lo que dice es a veces también de la grande poesía.

Vuelca todo el fondo efusivo en el verso, como sólo lo hacemos a la hora de amar. Es que en su obra está revertido—y esto todos los saben—un gran afecto humano estrangulado. Y tal es la tragedia y el milagro de este espíritu. En su horrendo abandono de amor, «listado de hiel y de sangre», como sus poemas primeros, tal vez tuvo intuición de que todo está huérfano y solo también en la tierra, y quizás en el cosmos («¡qué solos estamos bajo la demencia de los cielos!» clamaba Laforgue) y esta dulce mujer ideó su caricia y su amparo para todas las cosas.

Volvió a lo universal su dolor, heroicamente, y cambiolo en prodigalidad, en oblación de sí misma; y arrancóse de él, de ese modo, transformado en bondad de vivir, vuelto ya acto y deliquio ferviente. Y nació así de nuevo, e intacta, al Amor.

Sus palabras se estremecen del ensalmo operado y trepidan, borbotan de holocausto gozoso. No podría hablar sino así, ansiosamente, la Mistral. La razón de su verbo es tan honda, tan honda, que no arregla casi el lenguaje. Es agreste con frecuen-

cia (lo que enoja a cierto buen gusto modoso exigente), pero rica de expresión inmediata y de fuerte visión natural, cualidades medulares. Sólo a veces, nada más desbastado su modo, falla el efecto deseado; el vocablo se asorda, flexiona, sobre todo en sus versos, como ocurre a todo el que crea con sentido muy virgen—Verhaeren o Almafuerte. También tiene un decir conceptista (como el que usa Unamuno) acosado, jadeante—y por eso ya sin ritmo, sin contorno apolíneo exterior—para muchos antiartístico, pero a que ella ha acudido por rendir (lo que acaso es un grande pecado castigado en el Arte) su subfondo más desnudo, recóndito, su impulsión esencial.

No es, sin duda, el poeta perfecto, y su obra terminada ya, no la ha escrito. Pero es algo genial esta extraña mujer en América, donde el genio literario «se ha trocado a esta hora—parece—en femenino»; y su raza expectante, sorprendida, tiene atento su oído a esta voz.

EDUARDO COLÍN.

*México.*